

Kevin McCarthy

EL REFUGIO DE INVIERNO

Una novela

Traducción de
Carlos Catena Cózar



EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *The wintering place*

Copyright © 2022 by Kevin McCarthy

© de la traducción: Carlos Catena Cózar, 2023

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución, S.L., 2023

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-459-7

DEPÓSITO LEGAL: M-32.438-2023

Impreso en España

Este libro es una obra de ficción histórica. Exceptuando las personas, los hechos y los lugares reales y de sobra conocidos que aparecen en la narración, todos los nombres, personajes, lugares e incidentes de la novela son producto de la imaginación del autor o se emplean con fines ficcionales. Cualquier parecido con hechos o lugares actuales, o con personas vivas, es fruto de la casualidad.

Otros títulos del autor

Lobos del Edén

Para Áine y Eibhlin McCarthy

*Así, las hazañas violentas perduran más que los hombres
sobre la tierra, y las huellas de la guerra y los
derramamientos de sangre sobrevivirán en sus formas
fúnebres mucho después de que los causantes de la
desolación no sean más que meros átomos de tierra.*

CHARLES DICKENS, *La tienda de antigüedades*

Las leyes de los hombres cambian, pero las de los espíritus permanecen.

Proverbio apsáalooke (crow)

Índice

I. La naturaleza indómita	13
II. Este mundo terrenal	117
III. Amor y verdad	203
Agradecimientos	283

|

La naturaleza indómita

*No nos quedaba otra. La tristeza era tan peligrosa como una
pantera, como un oso.
La naturaleza indómita requiere de uno toda su atención.*

JEANNINE ATKINS, «Tijeras»

Al atardecer, van tirando del caballo —color gris, lomo ligeramente hundido, costillas marcadas, dientes largos— por la ruta Bozeman. Les parece más sencillo caminar por las viejas rodadas que dejaron las carretas a su paso, mientras que el caballo los sigue por el centro de la vía, entre las rodadas, tirando del *travois* de pino en el que transportan su preciada mercancía.

Más adelante, al oeste de su lenta caminata, los acechan las montañas Big Horn; el color naranja que tiñe su cobertura de nieve se va tornando morado oscuro a medida que el sol se pone tras ellas.

Thomas O'Driscoll dice:

—Sin una hoguera no sobrevivirá a la noche. Habrá que jugársela, muchacha. Y al caballo hay que darle agua.

La mujer con la que viaja se llama Sara. Hace muchos meses que la conoce, los mismos que lleva amándola, y, aun así, todavía no sabe cómo se apellida, ni siquiera sabe si tiene apellido. No le importa mucho. Él mismo ha tenido varios. Sara se detiene, Tom también. Entonces Sara dice:

—Vamos a hacer una hoguera, pero no en el camino. Nos salimos del camino y la hacemos ahí abajo, en... —No sabe cómo se dice, solo recuerda la palabra en francés: *fossé*—. En un sitio más bajo, por debajo de la carretera. Para que nadie vea el fuego. Y para resguardarnos un poco del viento.

Durante el viaje, han ido recogiendo los excrementos de búfalo secos que el viento dejaba al descubierto al llevarse la nieve que los cubría, y tienen algunas ramas que el día anterior cortaron de un álamo caído y que no han utilizado por miedo a que los indios o una patrulla de soldados vieran el fuego. A decir verdad, Tom no cree que vaya a haber ninguna patrulla del fuerte después de la matanza de la que fueron víctimas los soldados hace algunos días, y menos por la noche. Pero es mejor estar a salvo y helado que helado y muerto, como le oyó decir una vez a su sargento primero. Helado y muerto es como está ese pobre hombre ahora, que en paz descanse.

¿Cuántos días hace? ¿Tres? No, cuatro días de lento caminar por la ruta helada. Cinco desde que desertó y cuatro desde que él y Sara se encontraron, junto al camino y desangrándose en la nieve, al hombre que ahora llevan consigo.

Vaya suerte, piensa Tom. La puñetera y remota suerte de encontrárselo a él, al único ser vivo que había salido de ese campo de batalla con la cabellera en su sitio, las tripas en el cuerpo y los cojones, gracias a Dios, todavía entre las piernas.

Tom no es creyente. Al menos, piensa él, no más que cualquier hombre que haya visto —y hecho— las mismas cosas que él. No puede entender qué tipo de Dios podría permitir que le ocurrieran tantas cosas y tan espantosas a quien se supone que Él mismo creó a su imagen y semejanza para amar con todo su poder divino. Pero, piensa Tom, ¿quién sino un dios desde su propio paraíso podría haberlos llevado hasta donde ese tipo yacía en la nieve, junto a esta ruta de peregrinos que mide más de mil millas de largo? ¿Quién sino el mismísimo Dios?

A Tom no le gusta darle muchas vueltas a la posibilidad de que, por un minuto, por un segundo incluso, podrían no haberlo visto y haberlo dejado allí, desangrándose y congelándose hasta la muerte. Dejarlo allí tirado para que los indios le arrancaran la cabellera o los lobos lo devoraran, para que sus huesos desteñidos aparecieran esparcidos por la hierba en primavera y unos viajeros los encontraran y pensarán «que sea lo que Dios quiera»... Y dale con Dios. Dios está en cada uno de los pensamientos del hombre, en la luz y en la oscuridad, mira desde arriba cómo sus criaturas continúan con un día más de carnicería, de habitual y codiciosa locura. Un escalofrío recorre a Tom. Se sorbe los mocos y escupe, y Sara, que piensa que tiene frío, se vuelve y le pone las manos en las mejillas. Dios mediante o no, Tom encenderá una vela por si acaso, si es que alguna vez vuelve a toparse con una iglesia católica en mitad de esta naturaleza indómita, y si es que se atreve a poner un pie en ella. A Dios poco le importaría su gratitud. El diablo, sin embargo, le abriría de par en par las puertas del infierno y le diría «séntate, muchacho, quédate un rato conmigo». Tom espanta esos pensamientos. Hay que sobrevivir al día, se dice a sí mismo. Luego, se lo repite en su irlandés natal, *cuir an lá inniu tharat*. De mañana nos preocuparemos mañana. Le sonrío a Sara.

Ella no sonrío a menudo, pero ahora sí, y dice:

—Encendemos un fuego para la noche y montamos otra vez un tipi con los palos y los abrigos. —Sara señala con la cabeza a los finos troncos que componen el *travois*. La noche anterior consi-

guieron algo de calor en el refugio que improvisaron con los abrigos de búfalo y los troncos de pino, aunque no suficiente para un hombre tan enfermo como este del que tira su caballo sobre esos mismos troncos—. Y tu Michael estará caliente y a lo mejor hasta sigue respirando por la mañana.

El hombre al que llevan es el hermano de Tom. El hermano al que dejó atrás para estar con Sara. El hombre con el que Dios decidió que debía reencontrarse. Vuelven a estar juntos y, si Dios quiere, Michael sobrevivirá a sus heridas. Y dale con Dios. Está en todas partes, piensa, el hijo de puta. Perdóname, Señor...

Y, aunque no haya nada que se lo recuerde, Tom cae en la cuenta de que es Navidad. El día de Navidad de 1866, y él y Sara y Michael, que Dios lo guarde, siguen en marcha, siguen respirando, aunque a duras penas en el caso de Michael. Presta atención al silencio helado y oye las exhalaciones y las inhalaciones irregulares de su hermano.

Van a hacer una hoguera pequeña, piensa, y van a cenar la última lata de ostras que les queda junto con los restos atestados de bichos de unas galletas marineras más duras que una piedra, que van a hervir hasta que se hagan papilla. Mañana no les quedará comida, pero hoy es hoy, y se las apañarán.

Se inclina y le da un beso en la frente a Sara:

—Feliz Navidad, querida.

Sara vuelve a sonreír, pero no dice nada. Para ella, la Navidad es otro día más por los páramos gélidos y helados del territorio de las Dakotas. Un día más, de frío, de hambre. En los veintisiete inviernos que lleva viva ha sobrevivido a cosas peores, y no precisamente a pocas.

2

14 de septiembre de 1867

Es probable que haya escuchado usted historias sobre forajidos y sobre pistoleros y sobre el terrible derramamiento de sangre de sus asesinatos y sus violaciones y sus robos y sus demás acciones. Y por *usted* me dirijo a quien quiera que vaya a leer esto en el futuro y si

alguien está leyendo esto es probable que yo ya esté colgando muerto de una soga o lleno de balas que el Señor tenga piedad de mí merezca o no su protección que eso es algo que no debe decirlo nadie más que Él. Pero me pregunto si alguna vez se ha parado usted a pensar por qué esos hombres que plagan las páginas de los folletines y las novelas baratas y los periódicos han acabado siendo forajidos o al menos por qué se han granjeado una reputación como tales.

Juro por Dios que cada uno tiene su propia historia y que en estas páginas voy a dejar constancia de la mía. Voy a contar por qué empezaron a verme como a uno de esos hombres es decir como a uno de esos forajidos y como a un supuesto asesino acusado de todo tipo de actos difamatorios y falsos. Intentaré explicar de qué modo mi vida se vio tan avasallada por la mentiras de la gente que las personas a las que conocíamos en el camino apenas me miraban a la cara o se sentaban conmigo a beber un trago de whisky o me ofrecían un trozo de pan. Pues es un mundo duro y frío el mundo al que ahora pertenezco que es el mundo de los forajidos y los perseguidos. Una vez fuimos los cazadores mi hermano Tom y yo y ahora somos la presa y ya le digo que no hay ni una m... de justicia en todo ello. Nada de nada como va a ver usted ya mismo.

En el pasado ya he utilizado estas páginas para intentar aclarar algunas cuestiones. Pero hace casi un año que escribí por última vez en este libro de cuentas y no había podido volver a hacerlo hasta ahora que me he comprado un bote de tinta y una pluma en Virginia City que es la ciudad donde por primera vez he visto colgado en la fachada del hotel un cartel en el que figuraban los nombres mío y de mi hermano debajo de dos dibujos que gracias a Dios no se nos parecían en nada aunque ya escribiré sobre eso más adelante. Mucho ha llovido desde la última vez que escribí mi testimonio inocente en este libro de cuentas para el capitán aquel de Galway que nos envió a la horca por crímenes por los que se nos acusó cuando éramos soldados del Fuerte Phil Kearny. Entonces intentaba dejar por escrito por qué habían ocurrido esos crímenes y el misericordioso capitán de Galway aceptó mi testimonio como válido y esa es la razón por la que sigo caminando sobre la tierra y no estoy enterrado a seis pies de profundidad en ella. Esa es la razón también por la que conservo este libro de cuentas pues él me lo de-

volvió porque según él me dijo este libro cuenta la que es mi historia que el Señor lo tenga en su gloria y lo proteja. Era un hombre sabio y justo y una vez cuando estábamos en ese fuerte del demonio me dijo que nadie puede contar la historia de un hombre mejor que él mismo.

No obstante la de ahora es una historia completamente nueva. Necesita algunas explicaciones de lo que ha pasado desde entonces y eso es lo que voy a hacer aquí en estas páginas. Porque las cosas no son siempre como parecen ni nadie es malo de nacimiento. Al menos eso es lo que yo creo. Y sé que ni yo ni mi hermano Tom lo somos.

A mi juicio son las *cosas* que vive un hombre las que hacen de él el hombre que es en el mundo. A Dios pongo por testigo que lo que sigue es la verdad sobre Tom y sobre servidor. Son las cosas propias de una vida pobre y difícil en Irlanda y aquí en el lupanar salvaje que es este país las que han hecho de nosotros dos hombres que salen en los carteles colgados con clavos de herraduras en las paredes de los bancos y en las tiendas de Black Lodge y Virginia City y hasta en otras ciudades y en otros campamentos de los que a día de hoy no tengo conocimiento.

Sobre esas cosas es sobre lo que voy a escribir aunque tendrá usted que dispensar el mal ejemplo de escritura que supongo pues mis días en la escuela acabaron cuando no tenía más de 9 años y el maestro murió de un flujo que le dio en el 47 o en el 48 ya no me acuerdo exactamente. De todas maneras tampoco es que yo fuera buen estudiante porque yo prefería de lejos los campos y las colinas y las playas y el mar que son mi hogar en Ardroe al oeste del Reino de Kerry.

Pero aunque no tuviera yo hechuras de funcionario ni de cura (madre mía simplemente pensar en ello ahora) pues la verdad es que siempre disfrutaba de las horas que pasaba en la escuela cuando nuestro padre que en paz descansa nos dejaba ir. Adoraba enormemente al maestro de escuela que era un buen hombre de Clonmel en el condado de Tipperary y que con la mejor de las bondades nos enseñaba a una chusma de niños que no juntábamos entre toda la clase ni un par de zapatos nuestras letras y nuestros números y nuestra historia y un poco de latín y otro tanto de francés y a jugar al *hurling* y al críquet (un juego de ingleses pero la verdad es que

no se me ocurre forma mejor de pasar el día para un crío). Y sobre todo lo que me encantaba eran las historias que nos contaba y nos leía. Las que nos leía y nos hacía leer a nosotros a la vez estaban casi siempre en inglés. Me acuerdo de *Ivanhoe* de Walter Scott y de que el maestro estaba como loco con el bardo de Shakespeare a quien yo no le entendía ni una palabra pero me ponía más contento que unas pascuas cuando tenía que coger una vara y usarla como espada para representar las escenas que el maestro describía.

Ahora bien las historias que nos contaba él mismo esas sí que estaban en el idioma de nuestra tierra que era el irlandés o el gaélico y eso yo creo que hacía que las historias se me antojaran mucho más reales. Todas esas leyendas irlandesas sobre Cú Chulainn, Tír na nÓg y las *banshees* que eran ánimas lamentándose en la ventana porque vienen a llevarse el alma de un niño bueno que Dios nos proteja. Estas historias nos hipnotizaban a todos y luego por la noche y delante del fuego Tom y yo nos peleábamos por repetírselas a padre y a madre y a nuestras hermanas añadiendo todo lo que se nos ocurría en nuestro esfuerzo por hacer que las historias fueran frescas y nuevas pues nuestros queridos padres ya habían tenido que escuchar esas leyendas muchas veces. Dios mío cómo me encantaban esas historias tanto escucharlas como contarlas yo.

Pero estoy divagando como un viejo soldado que habla de las guerras del pasado. Y en verdad he vivido algunas guerras del pasado aunque no esté todavía viejo pues tengo solo veintiocho años y Tom es dos años mayor que yo. Sin embargo me temo que contar historias se me daba mejor cuando era un crío. Ni siquiera sé para qué escribo todos estos desvaríos. Esto no es un cuento de hadas.

Ni mucho menos. Las historias que contábamos de críos no comenzaban con la profunda impresión de un hombre que ve su propio retrato en un cartel de *se busca* hecho por un dibujante a partir de las descripciones de testigos que obedecen a miserables lealtades y a la usura y desde luego ni por asomo al respeto por la verdad.

Ya le digo yo que es un golpe duro ver la cara de uno mismo en un cartel de esos con palabras que le dicen al mundo que no eres más que un asesino cualquiera. Que le dicen al mundo que no eres más que un bandido asqueroso o un bandolero o un ladrón o un

pistolero o un malhechor de nacimiento y con todas las letras y yo juro por la tumba de mi madre que en paz descansa que no nació siendo ninguna de esas cosas y que decir lo contrario es insultar vilmente a mis queridos padres así que que se vayan al infierno los que así dicen.

Puede ver usted el cartel si quiere pues lo he metido entre las páginas del final del libro de cuentas. Y aunque se trate solo de mentiras despiadadas supongo que a ojos de la ley ahora somos forajidos porque al fin y al cabo estamos huyendo de ella. Pero nunca hemos escogido esta vida. Casi siempre es la vida la que lo escoge a uno y qué tipo de vida y por qué le toca a cada uno es algo que solo Dios sabe y que no le cuenta a nadie.

Simplemente las cosas son así en este mundo por mucho que no me entre en la cabeza. Porque ¿para qué vivir si no hay esperanza de que la vida o Dios o siquiera el diablo te iluminen un buen día en el futuro? ¿Para qué sirve nada si lo único que puedes hacer es esperar tener con suerte y Dios mediante algo de buena fortuna?

La verdad es que yo no lo sé ni sé prácticamente qué estoy diciendo simplemente tengo la sensación de que este embrollo en el que nos hemos metido puede que sea el último. Así que me dispongo a escribir cómo hemos llegado hasta aquí servidor y Tom y Sara que es una muchacha muy buena que antes era una furcia con la nariz cortada y ahora es la querida de Tom y tan pronto como demos con un cura será su esposa.

En estas páginas voy a intentar explicar entonces cosas como por qué empezaron a vernos como asesinos si nosotros en verdad no somos sino hombres que actuaron cuando había que hacerlo y que mataron a hombres que a mi juicio había que matar que el Señor tenga piedad de nosotros.

3

Han pasado seis días desde que declararon la desaparición de Michael y lo dieron por muerto en lo que ya están empezando a llamar la masacre de Fetterman, y nueve desde que declararon la ausencia sin permiso de Tom y lo dieron por desertor, cuando el trampero y su ayudante, bajo unas nubes grises y pesadas que co-

rretean por el cielo como caballos por su corral, llegan al campamento.

Vienen atraídos por el olor que desprenden la madera mojada al arder y el pavo silvestre que Tom cazó por la mañana al asarse poco a poco al fuego. Llegan desde el norte, del otro lado del río, y van tirando de tres mulas cargadas con fardos de pieles, cajas de mercancías, un baúl de viaje enorme como el que llevaría una mujer y toda una serie de trampas oxidadas que tintinean a cada paso de las mulas.

Desde la entrada de la cueva, Tom y Sara los ven acercarse, rompiendo el hielo de la otra margen del río, vadeando las aguas frías, evitando con cuidado las piedras resbaladizas y los carámbanos de hielo sueltos; uno de ellos lleva el rifle en alto para evitar el agua.

Mientras coge su propio rifle y luego lo vuelve a dejar en su sitio, Tom piensa en qué tipo de hombres vadean un río con este tiempo para visitar el campamento en el que están pasando el invierno unos forasteros medio hambrientos.

Quizá sean hombres que ya hayan utilizado este campamento en viajes anteriores, se imagina Tom, y que esperaban encontrarlo vacío a su regreso. Pues no va a ser el caso. En el campamento ya hay gente y ningún hombre tiene más derecho que otro a usarlo, así que a él poco le importa lo que esperaran encontrar estos tramperos.

Es un buen campamento, al menos, todo lo bueno que se puede pedir en un sitio así. Hay una roca del tamaño de la cabaña de un guardabosques apoyada sobre otra roca del tamaño de un establo, lo que forma una cueva de poca profundidad en la que, cuando llegaron el día antes del primer episodio de buen tiempo en casi una semana, encontraron el círculo de piedras y los restos ennegrecidos de las hogueras que habían encendido otros en el pasado. La entrada de la cueva dista alrededor de treinta yardas de la orilla del río, del que se puede coger agua para beber, y desde ella se ve con claridad la corriente rocosa y ralentizada por el invierno del río, así como su margen contraria.

El río será probablemente el Powder, o el Tongue, o el Little Big Horn, o a lo mejor es solo un afluente sin nombre de alguno de esos ríos. Lo único que sabe Tom es que es una bendición haber encontrado esta cueva para acampar junto al río y al filo del bosque. Está lo suficientemente alejada de la ruta Bozeman como para

que no sea probable que los soldados los encuentren durante su patrulla y los pongan entre rejas, pero lo suficientemente cerca como para retomar el camino aprisa si lo necesitaran. No es que crea que ningún soldado en su sano juicio vaya a salir a explorar, vuelve a pensar Tom, tan poco tiempo después de la carnicería que sufrieron hace seis días a manos de Nube Roja y sus guerreros.

Tom y Sara llegaron después de que tuviera lugar, vieron la nieve manchada de sangre, los cadáveres de los soldados que Tom habría sabido reconocer de no ser por la crueldad con la que los habían mutilado. Una encarnizada emboscada en la que salió victorioso Nube Roja y perjudicado, entre otros, el pobre de Michael, que el Señor lo proteja. Así que, por el momento, no deben tener mucho miedo al ejército. En cuanto a los hostiles indios, será lo que tenga que ser, pero imaginan que estarán mucho más al oeste de aquí, en sus campamentos de invierno, celebrando banquetes y contando historias fantásticas sobre su imponente derrota de los casacas azules.

Estos dos hombres, sin embargo, que van tirando de sus reticentes mulas por las aguas heladas, hundidas hasta los espolones, hasta el vientre en mitad del río, estos hombres no han venido a exigir que Tom y Michael y Sara paguen por los pecados que han cometido. Estos hombres no son soldados ni indios, sino que a Tom le parece que son tan bestias como los animales de cuyas riendas tiran, enormes y recubiertos por las mismas pieles que las mulas portan en los hatos.

Tom baja la mirada hacia el pavo que se está cocinando al fuego, sobre un asador improvisado con cuerdas y ramas cortadas. Maldito pajarraco, piensa, de todos los animales que se dice que es el pollo de los pobres, ninguno lo es tanto como este pavo. Apenas los alimentará a ellos, así que mucho menos a dos más, pero sabe también que no va a rechazar a los visitantes. No lo haría en su tierra, en Irlanda, y tampoco lo hará aquí. A lo mejor, aunque parezcan bestias al mirarlos cruzar el río y comenzar a subir la suave pendiente de la ribera, traen una lata de alubias o de melocotones que calentar al calor de la débil hoguera. «Dios, ahora mismo mataría por una lata de melocotones.»

Sonríe para sí mismo y para Sara, que está junto a él preguntándose por qué estará sonriendo ahora, que debería estar preocu-

pado por estos hombres que se van acercando al campamento. Sara no sabe que su Tom sonríe porque, al conjurar mentalmente esas palabras, «ahora mismo mataría por una lata de melocotones», también ha invocado las palabras que su hermano, con toda certeza, le habría respondido, palabras que Michael ya le ha dicho antes, en más de una ocasión:

—Vaya, Tom, si a algunos los has matado por menos...

Tom vuelve a mirar el rifle, luego mira a su hermano que, en el interior de la cueva, reposa sudoroso e inconsciente sobre un lecho de ramas, junto al fuego. En caso de necesitar ayuda, su hermano Michael no le va a servir de nada, pero tiene su revólver Colt Navy, además del suyo propio, colgado del cinturón bajo el abrigo de búfalo. También tiene el cuchillo D Bar Bowie que le robó en la guerra a un rebelde confederado muerto, perfectamente enfundado en una vaina que ganó en el Fuerte Phil Kearny jugando al *chuck-a-luck* con un maderero de Kentucky. Se está desabrochando el abrigo, le da igual si lo ven o no los tramperos, que están terminando de subir la pendiente, sacudiéndose el agua de las botas y tirando de las mulas hacia el campamento.

—¡Con Dios! —saluda Tom.

Los tramperos se detienen a unos pies de la entrada de la cueva, el agua les gotea desde el bajo de los abrigos de castor. Son abrigos que en Boston o París costarían 500 dólares, piensa Tom. Las mulas van hasta arriba de pieles como esas, y Tom está calculando cuánto tiempo habrán necesitado para cazar tantos animales. Es como si los dos hombres barbudos que tiene ante sí les estuvieran trayendo hasta el campamento la riqueza misma de la naturaleza. Las pieles por sí solas no dan tanto dinero, lo sabe por todas las veces que, en los meses de atrás, ha charlado con los exploradores y cazadores del Fuerte Phil. Pero, aun así, algo de valor deben de tener, porque van repartidas entre las dos mulas, muy bien empaquetadas y amarradas aunque expuestas a las inclemencias del tiempo. Supongo, piensa Tom, que para eso están hechas. Para las inclemencias del tiempo.

El más grande de los dos hombres se queda mirando a Tom un momento, que le sostiene la mirada hasta que el hombre sonríe, aunque la sonrisa apenas se vea bajo la mata de barba y bigote. Es una de las barbas más grandes que Tom ha visto nunca, le cae hasta

el pecho, donde se funde con el abrigo de castor sobre la que reposa.

Sea como sea, el hombre está sonriendo, y dice:

—Irlandés. Es usted irlandés. Y ha sido usted soldado. Lo sé por los pantalones, y por la herida en la cara. Pero eso aquí no le importa a nadie. No es asunto mío a qué se ha dedicado en el pasado un hombre que está dispuesto a compartir conmigo carne y hoguera. —Tom se pregunta si hay una amenaza implícita en las palabras del hombre, pero antes de tener tiempo para decidirlo, el visitante empieza a reírse con una carcajada breve y sobrecogedora, y luego añade—: No tiene de qué preocuparse, caballero. Yo también he sido soldado. Sé cómo son las cosas. Y lo rápido que cambian las tornas.

—Este calzón se lo compré a un soldado —es lo único que se le ocurre decir a Tom. Antes, las palabras le salían de la boca con la fluidez con la que el whisky cae de un jarrillo inclinado, pero desde que en el 63 una bala minió le atravesara la boca en la batalla de Chickamauga y, a su terrible paso, se llevara consigo varios dientes y parte de la lengua, deja que sea Michael el que se encargue de hablar por los dos y, por tanto, ha acabado perdiendo la costumbre de hablar. Ahora que Michael está postrado en su sueño febril, Tom se da cuenta de que por primera vez en más de un año será él quien tenga que hablar por los dos. A Sara casi no la ha oído hablar con nadie que no sean él o Michael, y su inglés, que el Señor la bendiga, es aún peor que el suyo.

—¿Qué ha dicho? —El trampero espera un instante a que Tom lo repita y, al ver que no lo hace, se gira hacia el otro hombre.

Es más menudo, su barba no es ni tan frondosa ni tan larga, pero sigue siendo llamativa, propia de un hombre de los bosques; el gorro de mapache que lleva calado hasta las cejas le ensombrece los ojos. Tiene los pómulos y la nariz afilados como bayonetas. Con las manos de nudillos robustos, secos y roñosos, se aferra a la escopeta. En la guerra, Tom tuvo que vérselas con hombres así, labriegos soldados confederados, chicos nacidos en los pantanos, tranquilos cuando estaban sobrios, salvajes y con la mirada cegada de los cocodrilos cuando bebían o luchaban, y Tom le mantiene la mirada un instante más, hasta que el hombre menudo se gira hacia el más grande.

Es difícil interpretar la conducta del trampero menudo, piensa Tom, pero presiente algo cobarde en él, tiene la intuición de que no supone ninguna amenaza, al menos no por sí solo, no directamente. Es probable que, después de todo, no se trate de ningún aguerrido rebelde. Tom decide que, más bien, se trata del tipo de hombre que, por sí solo, «ni frente a un ganso dejaría de ser manso». Le gustó ese dicho la primera vez que se lo oyó a un muchacho de su compañía que era de Canton, Ohio, un maestro jugando a las cartas y tocando el banyo, pero no tanto empuñando la escopeta, pues en octubre del año pasado perdió la cabellera y gran parte de la cabeza a manos de los guerreros de Nube Roja. «Y ¿cómo se llamaba ese chaval de Ohio?» Qué más da. Ahora está muerto, piensa Tom, como muchos otros, y sus huesos se están destiñendo bajo el sol y la nieve de Dakota.

—Dillard —dice el más grande de los dos tramperos al otro—, descarga las mulas. Átalas y saca el pienso. Échales de comer, Dillard. Y dale pienso al caballo de nuestros anfitriones. Porque veo que ustedes también tienen su animal ahí, ¿no?

Señala a la arboleda en la que, a falta de un refugio, Tom ha amarrado su caballo. Tenía pensado construirle algo, un tejado de ramas entrelazadas o algo así, pero casi se ha acabado ya el día. Lo hará mañana. Como Tom no dice nada, el trampero añade:

—Este es Dillard. Mi ayudante. —Vuelve a girarse hacia el hombre más menudo—. Y leña, Dill. La más seca que encuentres. Un ave como el que están cocinando merece un fuego más hermoso.

Sara observa a Tom y a los tramperos y sabe que Tom se está preguntando cómo quitárselos de encima. Espera que Tom vea en ellos lo mismo que ella, que no son hombres con los que compartir la primera comida que ingieren en tres días. Entonces, se gira y observa al trampero menudo, que está empezando a descargar las pieles de las mulas, y se da cuenta de que Tom no los va a echar hoy. O que no se le ha ocurrido la manera de hacerlo.

En cualquier caso, no es algo que deba hacerse, negarle la hospitalidad a alguien sin razón alguna. No debe hacerse entre indios, y tampoco debe hacerse entre blancos, al menos no cuando estás en mitad del bosque o en las praderas. En las ciudades y en los pueblos puede hacerse, piensa, pero solo ha estado en un pueblo una vez y, de ese pueblo, cuanto menos recuerde mejor.